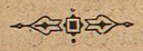
mis hijas le pedimos se dignara curarme de una penosa enfermedad que por espacio de diecisiete años venía aquejándome, y en aquel mismo día quedé completamente curada. ¡Bendita sea la santísima Virgen! Después le pedí la separación de uno de mis hijos de un destino en que veía hartos ejemplos de impiedad, y me lo concedió sin demora. Para otro hijo que se hallaba muy grave y á punto de hacerle una operación dolorosa, pedimos á tan amante Corazón se dignara aliviármelo sin necesidad de operarle, y también accedió compasiva, pues cuando se presentó el doctor para llevar á cabo la operación dijo no ser ya necesaria porque lo encontraba ya aliviado. ¡Bendito sea Dios por todo, pero mil veces lo sea á cada instante por habernos dado tan cariñosa Madre! „

No son menos las gracias espirituales que el inmaculado Corazón de María derrama en abundancia sobre los pobrecitos pecadores por intercesión de sus numerosos cofrades, que continuamente colocan en el cepillo de nuestra iglesia de Méjico papelitos como el siguiente:

"Hacía dieciocho años que un padre de familia no quería confesarse; pero luego que su familia imploró esta gracia al sacratísimo Corazón de María, la obtuvieron sin tardanza. Por lo que hacen pública esta merced como un homenaje de gratitud á la celestial Señora y para que crezca la confianza en sus numerosos devotos. „



CAPÍTULO IV

HARMONÍAS MUTUAS DE LAS PRECEDENTES RELACIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA

SUMARIO: El Corazón de María representa la fuerza de atracción en el orden moral. — Para ejercer esta fuerza está estrechamente relacionado con el orden de la gracia y el hipostático.

LA unidad, — dice San Agustín, — es en todas las cosas la forma de la belleza. *Omnis porro pulchritudinis forma unitas est.* „ ¡Qué legítimo placer experimenta el sabio cuando llega á conocer muchas cosas en un solo principio! Aquí se dirigen todos los esfuerzos de la ciencia, á uniformar todos los conocimientos en una sola suprema razón. Esto, que de una manera absoluta sólo lo conseguiremos cuando en la unidad de la esencia soberana de Dios se nos descubra claramente y sin velos el plan magnífico de la Creación, y la razón de cuanto ha hecho fuera de sí, podemos rastrearlo de alguna manera examinando las relaciones de unas co-

sas con otras, y las mutuas analogías que las hacen dependientes de una causa común. En este único y soberano principio de filosofía cristiana: "Dios dirige todas las cosas á su fin según el orden de su sabiduría", podemos ver de algún modo el porqué de todas las cosas. En la materia que nos ocupa resplandece todavía más clara la luz de este principio.

El Corazón de María está destinado precisamente á la atracción del hombre hacia su Dios, y con cuánta sabiduría, lo vamos á ver.

Para alcanzarla plenamente es indispensable poner de manifiesto las dos fuerzas que rigen el mundo: una de impulsión, por la cual Dios mueve todas las cosas, y otra de atracción, que sirve para encaminarlas y hacerlas volver al principio de donde procedieron. La inteligencia soberana de Dios es la que preside al orden universal de su Providencia, y su voluntad la que ejecuta y atrae todas las criaturas hacia sí, haciendo que lleguen á la imitación de aquellas perfecciones, prefijada en sus eternos decretos. Si bien estas dos virtudes de impulsión y de atracción, distintas en sí mismas, se unimisman en el acto purísimo de la esencia soberana de Dios, fuera del Ser infinito se conservan dentro de sus propios límites y aledaños, y á proporción que los seres más se alejan de aquella fuente de unidad, hállanse también más separadas, hasta radicar en sujetos totalmente distintos. Así sucede que entre las fuerzas mecánicas de que están dotados los cuerpos que carecen de vida en el mundo sensible, la gravedad, que representa la

fuerza de atracción, es propia de los cuerpos sublunares, al paso que la fuerza impulsiva, causa de todos los movimientos y alteraciones del orbe, es peculiar de los cuerpos celestes, superiores á aquéllos por su incorruptibilidad (1) y hermosura.

Estas fuerzas que rigen el mundo material en sus diferentes fases y manifestaciones, ora se presenten bajo la forma de calórico ó de luz, ora bajo la de magnetismo ó electricidad, y que en un sentido más noble y elevado presiden igualmente el mundo moral é intelectual, hallan una síntesis más perfecta en los principios activo y pasivo de los escolásticos, tan manifiestos y palpables en todos los seres y tan poco entendidos de los amantes escudriñadores de la Naturaleza merced á sus injustificadas preocupaciones contra la escuela tomista y contra la sana, recta y profunda Filosofía de la antigüedad. Recórrase la Naturaleza, y en todos sus espectáculos, en todas sus obras se observará la consonancia de estos dos principios, que así como constituyen la esencia de todas las criaturas, son igualmente fuente y raíz de sus propiedades activas y pasivas. Por medio de estas dos fuerzas ó principios, reunidos en el hombre como síntesis de la creación universal, ha establecido la Sabiduría eterna volver y dirigir hacia su inmenso piélago todas las criaturas. Ha constituído, por decirlo así, dos

(1) Incorruptibles son los astros, en sentir de Santo Tomás y de la Filosofía antigua; mas los modernos, basados en las experiencias hechas con el electroscopio, pretenden, acaso con mejor acuerdo, lo contrario. Para mi intento poco importa esta cuestión.

centros del orden moral: uno primario y otro secundario; Jesucristo es el primer centro, motor inmóvil que da impulso á todas las inteligencias y obra con su gracia en todas las almas y en todos los corazones. En él ciertamente están unidas estas dos grandes fuerzas morales de impulsión y de atracción; pero en harmonía con el orden natural, adaptándose á las exigencias del hombre, ha constituído otro centro, á quien parece haber comunicado toda su fuerza atractiva. Ahondemos más.

El hombre y la mujer son dos fuerzas distintas que mutuamente se completan. El hombre con su inteligencia conmueve los mares, muda el curso á las corrientes, hace al viento su mensajero y casi llega á trastornar el mundo: he aquí la fuerza impulsiva. La mujer, nada de eso: busca, observa, llama y atrae; se le ha negado la inteligencia, pero en retorno Dios le ha entregado la llave del corazón. La mujer atrae, y atrae por su corazón; todo lo que puede, lo puede por el corazón. ¡Oh, qué fuerza ésta tan poderosa después del primer pecado! Voluntades hay de hierro que resisten los repetidos golpes de la razón; el martillo de la lógica no puede doblegarlas, y en vano lucha el hombre para amoldarlas á sus deseos, porque con la resistencia se hacen cada vez más tenaces. Confiad á una mujer esa empresa desesperada, y sin ruido ni violencia, con la mágica fuerza del amor, como con una fragua ardiente, templará su frialdad y dureza, dándole la forma que más le plazca.

En resumen: inteligencia y amor son las dos fuerzas

que obran en la naturaleza humana: la una en el hombre, y la otra en la mujer; y estas dos fuerzas, desbordadas desde la caída original, se habían de encauzar de nuevo mediante una inteligencia, toda luz, que no pudiera errar, y mediante un corazón, todo fuego purísimo, que no pudiera ennegrecerse con el humo de las criaturas. Jesucristo, Luz increada, fué esa inteligencia, y el Corazón de María, incontaminado y libre de extraños ardores, fué este privilegiado Corazón. No podemos, por consiguiente, en el orden natural separar en María la hermosa idea de medianera entre los hombres y Jesucristo, de la idea de su propio Corazón; no podemos saludarla con la gráfica expresión de San Efrén: "Imán de los corazones", sin acordarnos de la virtud atractiva de su Corazón.

Es por esta cara el Corazón de María una inmensa red, tejida toda con lazos de purísimo amor, para prender en ella á los hombres y hacerlos todos de Dios; un cebo dulcísimo que halagara á los hombres, no para su perdición, sino para su eterna felicidad; es, en una palabra, la misma fuerza atractiva de Dios, comunicada á esta bellísima criatura para atraer hacia sí con suavidad y eficacia al hombre, y con él á todas las cosas. Así volvemos á aquel principio de suprema unidad que nos muestra á Dios dirigiendo con suma sabiduría todas las cosas á su final destino.

***

Pero veamos cómo el orden de la gracia se perfecciona y enlaza más con este principio de la atrac-

ción amorosa que Dios ha comunicado al Corazón de María.

En este orden no es ya tan sólo el Corazón purísimo de una mujer el centro seductor que ha de unir las voluntades de todos los hombres para que juntas alaben y se encaminen hacia su Dios; es otrosí el Corazón purísimo de una mujer, Madre nuestra.

No fué menos próvido el Supremo Hacedor en el orden de la gracia que en el orden natural. Al venir al mundo desnudos y despojados de todo humano poder, hubiéramos perecido irremisiblemente sin el amor de una madre. La lámpara del corazón virginal produce una luz muy templada para que sus llamas abrasen las espinas que crecen alrededor de la cuna. Sólo el amor tierno y ardiente de la madre sobrepuja todos los obstáculos y socorre, en efecto, todas las indigencias. Una madre vive para el hijo y en el hijo de sus entrañas. La vida y felicidad del hijo es su propia vida y felicidad; por esto mira, trabaja y se desvela por el bien del hijo como por el suyo propio; vela junto á su cuna, arrullándole con los cantos de su amor; sueña en los ensueños del hijo, descansa y ríe en sus sonrisas, se entristece y llora en sus lágrimas, come al darle con amor los pechos y se recrea cuando el niño en sus tiernas manecitas sostiene y menea el infantil juguete.

El corazón de la madre repite fielmente las impresiones del corazón del hijo, y en su vida y amor vive y descansa. Por esto no hay amor más desinteresado ni más fuerte que el amor materno; porque la madre,

que más vive en el hijo que en sí misma, todo lo sufre, hasta la muerte más cruel, á trueque de salvar al hijo de su corazón.

Y esta paternal Providencia, que así con lazos tan suaves proveyó á los hombres en el orden natural, ¿podía acaso faltar en el superior orden de la gracia? ¡Ah! No ciertamente; no nos podía faltar una Madre. El hombre, víctima del remordimiento después del pecado, no se atreve á mirar el rostro airado de Jesucristo, su terrible Juez; sus ojos bañados en lágrimas buscan instintivamente una madre. Desdeñada del mundo el alma herida y chorreando sangre busca remedio á sus llagas, se dirige á su alrededor buscando quien le mire con ojos amorosos y se compadezca de su triste estado, y en tan lamentable situación le acude naturalmente al pensamiento: "necesito una madre". Levanta al cielo sus manos suplicantes el pobre náufrago que está á punto de perecer, y al ver que su oración se retarda teme con razón que sus pecados impidan el efecto de la divina Misericordia, y entonces se acuerda que tiene una Madre toda compasión y dulzura, y que echa un velo sobre las miserias de sus hijos.

Una Madre en el orden moral era necesaria, y Jesucristo nos la dió ternísima y amabilísima, legándonosla en el testamento de la cruz. Los ojos moribundos del Salvador se dirigen al discípulo amado, y señalando á María le dice, y en él á todos los fieles, estas consoladoras palabras: *Ecce Mater tua.* Tenemos ya en María nuestra Madre. Su Corazón virginal nos

atrae, sí, con dulces hechizos á su amor; pero, ¡ah!, su Corazón fecundo, su Corazón de Madre, nos inspira la más tierna confianza. Un fervoroso escritor del Corazón de María dice á este propósito unas palabras muy dignas de ponderación: "No hay amor más tierno que el amor de las madres, pero aun éste es amor natural; ¿qué será un amor de Madre todo sobrenatural, todo divino y hecho todo por el sumo Dios para el más alto fin de las obras *ad extra*, que es la santificación del género humano? Debe ser una benevolencia mucho más amable que la de las madres carnales (1)."

Sin embargo, nuestra esperanza sería vana, inútiles serían para salvarnos las tentativas y esfuerzos de su maternal Corazón si no fuera al mismo tiempo Corazón de Madre divina. A una madre nunca falta buena voluntad, pero no siempre puede hacer á su hijo todo el bien que le desea: le falta poder. Lo mismo acaecería con el Corazón de nuestra divina Madre si no fuese al mismo tiempo Corazón de Madre divina. Esta última cualidad pone en sus manos las llaves del cielo y le abre los tesoros infinitos. "¿Qué puede negar el Hijo á su Madre?" Y aunque el Hijo, justamente indignado con el pecador, pareciese no escuchar las súplicas de su Madre, ¿podría resistir mucho tiempo á sus ternuras? ¿Tendría valor el Corazón del Hijo para no mirar con ojos benévolos los pechos que le criaron? ¿Osaría Jesucristo desatender á la Madre que le pide una gracia por el amor con que le crió, por los tiernos cuidados que le prodigó en su infancia? María es Madre de Jesús, y está dicho todo. De aquí que la idea de la omnipotencia de María vaya siempre adjunta en los pechos de los fieles á la idea de su bondad. Los siglos cristianos, al expresar este su bello pensamiento, repitieron unos tras otros

Quod Deus imperio, tu prece, Virgo, potes,

y en esta sintética expresión del poder de María cifraron el complemento de su esperanza, porque conocían que á la grandeza de su bondad correspondía la inmensidad de su poderío. Alentados por esta idea se arrojaron completamente en sus brazos, y su confianza no tuvo límites. Y como esta idea del poder ilimitado de María está basada en el concepto de su divina maternidad, germinó á la vez en el corazón de los fieles con la fe que les presentaba á María como Madre de Dios. Así, los conceptos de la maternidad divina y humana de María se completan mutuamente en la luz de un mismo principio: "Dios volviendo al hombre hacia sí por medio del Corazón de María." Este Corazón, representante de la fuerza atractiva, debía ser para con los hombres corazón de mujer y corazón de mujer madre. Pero no podía ejercer su fuerza de atracción sin ser al mismo tiempo Corazón de Madre divina, y por esto el Señor en su divina Providencia la sublimó á esta tan gran altura, desde

(1) Lanzi, *Raggionamenti sui sacri Cuori di Gesù e di Maria*, cap. II.